

cuartos mal envigados, de negras paredes y bajos techos, amenazando ruina.

No se ve en ellos mas mueble que un sucio petate, enrollado y arrimado á un rincón, que suele servir de cama, un *metate* (1) en que muelen el maíz para hacer las *tortillas* (2), un *comal* (3) en que las calientan, y un pucherito en que cuecen su escasa y mala comida.

Pero si en ellos no se ven objetos agradables, en cámbio se encuentran niños y muchachos sucios, asquerosos, casi desnudos, flacos, macilentos, que, sentados en el suelo, echados sobre un carcomido petate, ó jugando en el patio, incomodan con sus gritos á los vecinos.

Entre estos miserables cuartos se veia uno blanqueado, limpio, sin objetos repugnantes, provisto de algunas sillas, con una

(1) Piedra de tres cuartas de largo y media vara de ancho, con tres piés de la misma materia, sobre la que muelen el maíz, cacao &c.

(2) Pan de maíz.

(3) Plato poroso de barro en que se hacen las expresadas tortillas.

#### CAPITULO XIV.

##### La carta.

Detras de la parroquia de la Santa Veracruz, y á un lado de la plazuela de Juan Carbonero, se encuentra el callejon de Recabados, de aspecto lúgubre, cuyas miserables casas, compuestas en su mayor parte de oscuro adobe, revelan la pobreza de los que en ellas viven.

Poco despues de haber penetrado en este callejon que conduce á otros mas miserables é inmundos, se ve á la izquierda una pequeña casucha sin número, de carcomidas paredes, cuya débil y estrecha puerta da entrada á un húmedo patio, con algunos

cama decente, una mesita de pino con un espejo, un lavamanos, y una aseada horni-lla, todo con gracia y convenientemente colocado.

En este cuarto no habia mas que una jó-ven que se ocupaba en aquel instante en trazar sobre un papel algunos caractéres.

Era Soledad.

Estaba hermosa como en los dias de pros-peridad en que la conocimos, aunque en su fisonomía se veian impresos, ahora el dolor y la melancolía.

Pero aquel tinte de tristeza que velaba su angélico semblante, lejos de rebajar en nada su belleza, la bañaba de una luz tan suave y vagarosa, tan mística y espiritual, que no se podia mirarla sin sentirse con-movido dulcemente; sin experimentar un sentimiento de cariño y de compasion in-definibles.

La blanca mano en que sostenia la plu-ma, se detenia con frecuencia para poder secarse las lágrimas que rodaban de sus be-llos ojos, arrancadas por los recuerdos que

despertaba en su sensible alma el asunto que confiaba al papel.

¡Pobre Soledad! ¡Cuánto ha cambiado su posicion! En vez de la pieza oval que for-maba su exquisito tocador en casa de Flan, adornado de ricos espejos, de lujosos libros, de exquisitas esencias colocadas en brillan-tes pomitos de cristal y de perfumados ja-bones, del lujoso gabinete en que bordaba, de la espaciosa sala amueblada régicamente, y de su risueño dormitorio, solo tiene de-lante de sus ojos un pobre cuarto, sin mas adorno que su aseo, ni mas riqueza que la virtud de la jóven.

La que se veia obsequiada como una hija querida por el generoso D. Felipe, rodeada de fieles criados, pendientes de sus pala-bras para servirla, defendida por el hom-bre á quien daba el dulce nombre de primo, ahora se ve sola, abandonada, sin una per-sona amiga á quien comunicar sus penas, con quien desahogar su corazon....

Entonces traia á la memoria la infeliz las caricias de sus amados padres, cuyo para-

dero ignoraba; el lujo y la riqueza en que pasó la infancia; los dorados sueños de gloria y de ventura que halagaron los risueños días de amor que en alas de la esperanza volaban apacibles, presagiándole una vida alegre y tranquila, como el suave curso del límpido arroyuelo que pasa murmurando por entre bellas y olorosas flores. Recordaba las cortas horas que le habian faltado para unirse al hombre que le hizo presentir las dichas celestiales; la noche fatal en que le arrancaron con engaño de una visita y la condujeron al sitio de donde Providencialmente la salvó el bondadoso Félix; los generosos sacrificios de éste; el tiempo transcurrido rodeada de la abundancia en casa de D. Felipe; la muerte de éste; el estado de miseria á que se veia reducida; la ingratitud de su amante; y por último, la terrible acusacion que pesaba sobre D. Félix, el cual gemía en una oscura prision, execrado por la sociedad que le creia criminal.

¡Terrible era aquel cuadro que se presentaba con todos sus detalles á su viva imaginacion!

Después de haberse enjugado las lágrimas que nublaban sus ojos, volvió á continuar su comenzada carta con las mismas interrupciones, originadas por nuevas lágrimas y prolongados suspiros.

Pero ¿á quién escribía aquellos renglones mojados con su llanto?

¿Comunicaba sus penas á otro sér que ocupaba en su corazón el lugar que ocupara el tierno amante que le hizo conocer en la aurora de su vida el vivo fuego del amor?

No; las mujeres como Soledad, solo aman una vez, y aman para siempre.

Semejantes á la aguja náutica que en medio de las borrascas se mantiene fija mirando siempre al norte, el objeto de atraccion en que giran constantemente sus pensamientos, es el hombre á quien han jurado una vez amor eterno.

Soledad se creia olvidada de la persona que arrebató de su alma la tranquilidad; pero nunca pudo olvidarla.

Los caracteres que trazaba con alterado pulso, no eran dirigidos á un afortunado

amante, sino á la virtud desgraciada, á la honradez calumniada.

Aquellas sentimentales líneas, estaban dictadas por la gratitud y la compasion.

Estaban dedicadas al infortunado Félix, por quien habia vuelto á preguntar segunda vez, y del cual habia recibido una carta por conducto del compasivo carcelero.

Soledad acabó de escribir; y queriendo repasar la carta antes de enviarla, para ver si algo le quedaba por referir, pasó los humedecidos ojos por sus líneas, que estaban concebidas en estos términos:

“Ya soy menos desgraciada, puesto que puedo escuchar sus penas y comunicarle las mias. ¡Dios premiará el singular favor de ese generoso carcelero que se ha compepadecido de nosotros!”

“Desde que la mano de un asesino nos privó, á vd. de un leal y bondadoso amigo, y á mí de un protector desinteresado, de un segundo padre que se anticipaba á mis mas ligeros deseos, que se desvivia por complacerme, por servirme, no he hecho mas que llorar.... llorar sin consuelo, y

pedir á Dios por vd.; por vd. á quien tanto debo; cuya noble alma conozco, y cuyas desgracias me comprimen el corazon.”

“¡Y temia vd. que yo maldijera su nombre.... que le creyese criminal! No, D. Félix: criminal seria yo si hubiese dudado un solo instante de su inocencia! ¡Quién mas convencida que yo de los rectos principios, de la virtud inmaculada que atesora el alma del hombre que ha sido por tanto tiempo mi protector, mi tierno confidente.... mi querido hermano? Mi hermano, sí; permítame vd. que le dé este nombre, porque él expresa el cariño íntimo, puro y santo de mi alma!”

“Me dice vd. en su carta que el temor de que le creyese culpable y execrase su nombre era el tormento mayor que le acompañaba en su prision. Pues bien, yo le ruego á vd. que deseche ese temor; que en vez de él, ocupe su lugar la seguridad de mi aprecio, de mi compasion, de mi ternura! ¡Lo hará vd. así? ¡Creerá vd. á su desdichada hermana.... á la pobre mujer que necesita enviarle á vd. el consuelo que á ella

le falta, cuyas amargas penas se dulcificarán al saber que sus palabras han arrancado del pecho de vd. una duda que le martirizaba?"

"Cuando el gobierno entró en posesion de los bienes de D. Felipe, y yo me encontré en la calle, sola, sin que se me permitiese sacar mas que mi cama y mi ropa, creí morir de tristeza y de dolor. No sabia á dónde dirigirme: ignoraba el nombre de las calles, y no me atrevia á presentarme en casa de ninguna de las personas que pocos dias antes visitaba, temiendo molestarlas. ¿Qué hacer en aquella triste situacion? Yo levantaba los ojos y el corazon al cielo pidiendo su misericordia, y esperaba con la fé viva del cristiano que no me abandonaria. Y no me abandonó. Una pobre criada de las que pocas horas antes habian estado á mis órdenes, al ver mi afliccion, me ofreció la humilde habitacion de sus padres adonde ella marchaba. Era ya cerca de oscurecer, y yo admití aquel favor como un presente que la Providencia me enviaba en la deshecha tormenta de mis desgracias. Los

últimos rayos del sol se ocultaban á nuestros ojos, cuando llegamos á un lejano y estrecho callejon de miserables casas de adobe, por donde solo transitaban algunos hombres del bajo pueblo de aspecto fiero, envueltos en sus frazadas. Yo iba temblando de miedo: cada hombre de aquellos me parecia un malhechor que iba á despojarme de cuanto llevaba."

"La criada, conociendo mi terror, me alentaba diciendo que nada temiese, pues á ella le conocian todos los del barrio, y ademas estábamos ya cerca de su casa. Con efecto, á los pocos pasos de marchar por el lúgubre callejon de Recabados, llegamos á la casa número 4, que es baja y de vecindad. Entramos en el zaguan que forma un corto cañon, y penetramos en un ancho patio rodeado de cuartos, habitados por distintas familias."

"El que ocupaban los padres de mi antigua criada presentaba un aspecto triste y pobre. Sin embargo, en aquel momento era aquel sitio para mí tan bello y consolador, como al náufrago el puerto adonde logra

poner la planta. No habia en la pieza ni silla ni cama: sobre un petate tendido en un rincon dormian tres niños tapados con las enaguas de la infeliz madre, que se ocupaba en poner á remojar el maíz con que habia de hacer tortillas al rayar el dia para ir las á vender desde muy temprano: el marido, honrado albañil, que trabajaba desde la salida del sol hasta la noche por una peseta, acababa de dar fin á unos pocos frijoles y unas cuantas tortillas que constituian su escasa cena: una flaca vela de sebo pegada á la pared alumbraba débilmente aquel triste recinto, donde la desgracia acudia á pedir asilo á la pobreza. ’

“Al saber por su hija quién era yo y á lo que iba, se levantaron al instante, me hicieron mil generosos ofrecimientos á su estilo, y mandaron al cargador que llevaba mi cama y mi baúl con ropa, que los colocase en el sitio mas desembarazado que se veia en aquella reducida pieza. Yo les agradecí mucho su anhelo por servirme; pero mi corazon estaba oprimido, inquieto y triste.”

“Al verme en un mismo cuarto y entre tanta gente extraña, no quise acostarme, y pasé la noche sentada en mi cama, pensando en la triste situacion á que me veia reducida. Entonces conocí todo lo que habia perdido, y no cesé de llorar un instante, mientras aquellos infelices, pero mil veces mas dichosos que yo, encontraban en el sueño un alivio á sus trabajos. ¡Ah! Don Félix, ¡cuánto me acordé entonces de la modesta casita que habitábamos en la calle de Tacuba! ¡Cuánto habia cambiado nuestra suerte! Allí viviamos juntos; nos veíamos á todas horas; hablábamos del hombre que hacia latir mi corazon.... del hombre que amaba.... que amo.... que amaré siempre á pesar de su ingratitude! mientras en aquel instante estábamos separados.... yo, sola, abandonada, sin recursos, ocupando un reducido rincon en un miserable cuarto que me daban por caridad; y vd. sumergido en una oscura prision, incomunicado, acusado de un horrendo crimen, y temiendo el desprecio de la sociedad. La idea de los padecimientos que debia vd. sufrir, se asociaba

á todos mis tristes pensamientos, y no hacia mas que verter lágrimas y contener los suspiros que se disputaban la salida de mi oprimido pecho, para no despertar á los que descansaban cerca de mí! Yo esperaba el dia con ansia, porque conocí que me era imposible continuar viviendo en aquella reducida pieza, donde se aspiraba una atmósfera pesada y caliente por el hálito de tanta gente aglomerada en ella. No anhelaba grandezas y comodidad, pero sí un cuarto ventilado, limpio, donde pudiese dormir sola, llorar libremente mi infortunio, y entregarme á mis oraciones!”

“Por fortuna en la misma casa habia un cuarto que acababa de desocuparse, y lo tomé. Como no tenia dinero ninguno para atender á mis gastos ni pagar una criada, empecé á empeñar mis vestidos, valiéndome de mi antigua para que me hiciese los recados, gratificándole sus servicios.”

“Pero aquello no podia durar mucho: fui deshaciéndome de mis trages uno á uno, y pronto me encontré sin prenda ninguna que empeñar. ¡Yo no sabia que hacer! ¡no tenia

á quien dirigirme ni á quien pedir un real... y lloraba.... lloraba sin cesar, porque el llanto era el único consuelo en mi desgracia...! ¡Oh! ¡cuánto padecia! ¡Cuántas veces al ver que no tenia ni un pedazo de pan para llevar á la boca, y que no contaba con que pagar la casa, envidié á vd., D. Félix! ¡Sí, en vidí á vd.... porque vd. al menos tenia en su triste prision con que saciar el hambre, y donde descansar!”

“Vd. sabe que siempre he sido inclinada á la oracion, porque en ella se encuentran los raudales de consuelo que la religion derrama en el alma; pero desde aquel momento cobró creces mi ardiente fé, y no cesaba de pedir á Dios pusiese término á mis desgracias. ¡Pero aun no era tiempo sin duda de que yo cesase de padecer! Mi antigua y leal criada habia entrado á servir en otra casa, y yo tomé una jóven para que me hiciese lo mas indispensable. ¡Ah! ¡nunca la hubiese tomado! Yo que no tenia mas bienes que la poca ropa interior que me quedaba para ir la empeñando poco á poco; yo que no contaba con otros recursos para pagar

mi humilde cuarto y no morir de hambre... me encontré un día robada.... sin un vestido.... sin una camisa...! ¡La criada á quien habia dejado en tanto que yo iba á misa, habia desaparecido llevándose tado... hasta la ropa de mi cama....! ¡Oh! ¡aquel fué un golpe mortal para mí! y ¡terrible circunstancia! ¡en aquel mismo dia tenia que pagar la renta de mi casa! Solo me quedaba el *tdpalo* con que habia marchado á la iglesia. ¡Era la última prenda con que contaba para satisfacer mi deuda, y cubrir mi primer necesidad, alimentarme, y me deshice de él!"

"Pero ¿qué podia durar lo que me diesen? ¿qué iba á ser de mí despues? ¡Oh! ¡yo no veia otro horizonte que el de la mendicidad! Pero era preciso alejar ésta lo mas posible, y busqué, en el mismo callejon, pero en una miserable casa de adobe, donde vivo, un cuarto que ganase poco.... ¡muy poco!"

"Sin embargo, pronto me ví sin tener con que comprar ni aun mis alimentos. El primer dia que me encontré sin recursos, lo

pasé con una sola torta de pan; el hambre me aconsejaba que acudiese á manifestar mi miseria á las personas que en otra época me dispensaron su amistad; pero mi vergüenza y el temor de sufrir un desaire, se oponian á ello. Entonces me acordé de mi confesor, el padre Enrique. Sabia muy bien que el mejor amigo que Dios ha dado al católico, es el sacerdote que le guía y le aconseja. Ese depositario de nuestras culpas que se interesa por nuestro bien presente y por nuestra felicidad eterna!"

"Llena de fé, y con las lágrimas en los ojos, corrí á verle, le conté la historia de mi vida y la triste situacion en que me encontraba. Aquel venerable ministro del Señor se conmovió al escucharme, le ví inundarse de lágrimas, y me consoló diciéndome que desde aquel mismo dia se disminuirian mis padecimientos."

"Algo mas tranquila con estas palabras volví á mi pobre habitacion, llevando conmigo media onza que me habia dado el bondadoso sacerdote."

“Al siguiente dia me llamó, y me dijo que una de las conferencias de los hermanos de S. Vicente Paul habia tomado á su cargo el atender á mis necesidades. ¡Oh! ¡aquella noticia llevó el contento mi corazón! Entonces conocí lo sublime que debe ser á los ojos de Dios la caridad y los tesoros de beneficencia que encierra nuestra augusta religion! Yo bañé con lágrimas de gratitud y de reconocimiento la mano benéfica de aquel ministro del Señor que se ocupaba en remediar las penas del desgraciado! Al volver á mi casa, con el consuelo en el alma, no me pareció mi pobre cuarto tan triste y lúgubre como antes. Y era que la esperanza lo embellecía con su angélica luz; era que la caridad cristiana penetraba por sus puertas despojando á la miseria de su mas espantoso cortejo, el hambre y la desnudez!”

“De rodillas, y dando gracias al cielo por sus beneficios me encontraba, cuando llamaron á la puerta que la tenia entornada para que entrase la luz: eran dos dignos hermanos de S. Vicente de Paul que venian

á poner por obra lo que el bondadoso padre Enrique me habia prometido. Con la dulzura en el semblante y la piedad en el corazón, me hicieron algunas preguntas y se impusieron de mis necesidades: en seguida me entregaron unas varas de indiana oscura para un vestido; un rebozo negro; tela para dos camisas; sábanas y cobertor para la cama; dos vales para que enviase por semillas y por carne á la tienda y carnicería que me determinaron; algun dinero con que comprase algunas cosas indispensables, y el recibo de la casa que la conferencia habia pagado por mí y seguiria pagando en lo sucesivo. ¡Ah! ¡cuán feliz me juzgué en aquel momento! En medio de las comodidades de la vida no puede el hombre comprender todo el valor que encierra un acto de caridad; pero cuando gime en la desgracia, cuando en medio del mundo se encuentra solo, abandonado, sin recursos, hambriento y sin esperanza, entonces el ligero favor, dispensado por una mano bondadosa, le inunda el corazón de un consuelo tan indefinible, tan dulce, tan tierno

y profundo, que no tiene igual sobre la tierra.”

“¡Y hay quien trate de presentar como perniciosas esas juntas filantrópicas, donde los hombres de nobles sentimientos, de ideas humanitarias, se congregan sin otro fin que el de llevar el consuelo á las familias desvalidas! ¡Y hay quien denuncie esas conferencias como focos de revolucion, mientras por otra parte se hacen invitaciones públicas para que se reúnan los ciudadanos en las lógias á tratar asuntos de política, que pongan en peligro la tranquilidad de los pueblos! ¡Ah! ¡si esas personas, en vez de dejarse llevar de falsos informes, se acercasen á esas sociedades benéficas, se conmovieran de placer al ver á todos sus socios ocupándose de remediar las necesidades de los desvalidos!”

Y tenia razon al expresarse así la desventurada Soledad.

Pregúntese á los pueblos qué bienes reciben de esas conferencias, y millares de voces de agradecidos pobres se levantarán enumerándolos.

Y no solo los desgraciados harán el panegírico de esas sociedades, sino tambien personas que guardan una brillante posicion social, y que han hecho su carrera á expensas de la humanitaria institucion de San Vicente Paul.

Solo un deseo anima á todos los individuos que forman esas sociedades: el de hacer bien al prójimo; el de socorrer las miserias que afligen á la triste humanidad.

No bien se acerca una familia virtuosa á solicitar su auxilio, cuando se congregan para tenderle una mano protectora.

Y no se crea que los individuos que forman esas sociedades benéficas son hombres opulentos y poderosos que contribuyen con grandes sumas, no: la mayor parte pertenece á la clase media, y no contraen obligacion de dar nada que exceda de sus facultades y su voluntad, sino aquello que puedan y cuando quieran.

Para evitar que se sonroje el que no puede contribuir con mucho, ó se envanezca el que hace notables limosnas, hay una alcancía cerrada con candado, á donde cada socio,

sin que nadie le observe, se acerca las noches de conferencia, y deposita aquella cantidad que le permite su posicion.

Allí se ve á la caridad amalgamando á todas las clases con lazo fraternal, para concurrir de consuno al alivio del menesteroso. Allí está la verdadera igualdad, donde reunidos los hombres en una sola familia, miran al desvalido como hermano para volar en su auxilio y repartir con él una parte de los bienes con que el Eterno le ha favorecido. Allí se encuentra en accion y en toda su religiosa belleza la dulce fraternidad, y se contempla al hombre poderoso asociarse al de inferior esfera, para visitar, unidos, al infeliz necesitado y prodigarle los consuelos que dulcifiquen su mísera situacion.

Aquellos socios no se detienen á examinar el partido ni la religion á que pertenece el que implora su proteccion; solo ven á la humanidad que padece, y á ella le dedican sus cuidados.

Allí está la verdadera tolerancia como está en todos los actos que emanan de la augusta religion católica: allí ese cosmopo-

lismo que considera á todas las razas y países como á una sola nacion de hermanos, cuyo padre comun es Dios: allí, en vigor, el cumplimiento de los deberes que la naturaleza indica y la religion prescribe de ayudar al desvalido; y allí, en fin, el plantel del bien social que cambiaria la mísera suerte de los desgraciados, si todos los individuos de la tierra se asociasen á los que hoy lo sostienen, y se apresurasen á contribuir con su insignificante óvolo al mejoramiento de la clase infeliz.

Las víctimas que esas sociedades han sustraído á la muerte en las varias epidemias que han diezclado las poblaciones, cubriéndolas de luto y llanto, son innumerables; pues uno de los artículos de la institucion ordena que se atienda al desvalido con los alimentos indispensables y las medicinas que disponga el facultativo, sea cual fuere el valor de ellas.

No es menor el de virtuosas jóvenes que, viéndose protegidas por la mano de la caridad, se han salvado de la seduccion que el lujo y la abundancia les presentaba al

contemplarlas en la miseria, brindándoles con los atractivos con que se atavían los placeres mundanales.

¿Y dónde dejamos esas madres de familia, que combatidas por la contraria suerte, llenas de inocentes hijos y reducidas al estado de mendicidad han hallado la salvacion, la educacion de sus tiernas criaturas y su consuelo en las filantrópicas sociedades de San Vicente Paul?

Mientras los ambiciosos y los aspirantes de la tierra queman el incienso de la adulacion á las plantas de los poderosos y de los grandes; mientras los que combaten esos humanitarios planteles conspiran para derribarlos, arrastrando á las revoluciones á millares de incautos para formarse una brillante posicion social, los miembros de esos cristianos institutos, llenos de celo evangélico, sin otra aspiracion que la de ser gratos á los ojos de Dios y útiles á la doliente humanidad, lejos de pisar los dorados salones de los reyes, ni las mullidas alfombras de los potentados, penetran por las desvenecijadas puertas de los menesterosos, se

acercan á ellos con el cariño de hermanos, llevándoles el socorro y el consuelo que dulcifican la triste situacion que guardan en la vida.

¡Oh! si los hombres todos, como antes dije, animados de afectos generosos se reunieran con el noble objeto de auxiliar á las familias que gimen en el infortunio, la sociedad cambaria de faz como por encanto, y la espantosa miseria desaparecería ante la brillante luz de la caridad.

¡Cuántas jóvenes que gimen sin recursos y que luchan con heróica constancia contra la deslumbrante seduccion, conservarían su virtud, sin venderla al fin al precio de los pasajeros goces que la deshonoran y la abruman!

Mas ¡ah! la mayor parte de los hombres se cuidan muy poco de enjugar las lágrimas del infeliz que padece en el mundo, y no faltan algunos que, en vez de tenderle una mano amiga, comercian con su desgracia.

Sí; nada hay de exagerado en lo que digo. Monstruos hay que al ver á una joven